

grupo de escuderos de á pie y de á caballo, venía la carretela del emperador, arrastrada asimismo por ocho alazanes, enjaezados con igual riqueza; dentro de ella, el emperador y la emperatriz saludaban. En las portezuelas de ambos carruajes, los mariscales recibían, sin el menor gesto, el polvo de las ruedas en los bordados de sus uniformes.

—¡Si el puente se llegara á hundir!...—decía bromeando Gilquin, quien disfrutaba ante la idea de atroces peligros.

Madama Correur, espantada, le hizo callar. Mas él no se daba á partido y aseguraba que aquellos puentes de hierro no eran nunca lo bastante sólidos; y cuando los dos coches se encontraban en medio, afirmaba que bailaba todo el piso. ¡Qué chapuzón, cuerpo de tal! ¡Tanto el papá, como la mamá y el niño, no se echarían mal trago! Los coches rodaban mansamente, sin el menor ruido; el pavimento resultaba tan ligero, con su larga y suave curva, que parecían como suspendidos encima del gran arco del río; abajo, en la sábana azul, se reflejaban, semejantes á raros peces de oro nadando entre dos aguas. El emperador y la emperatriz, algo cansados, habían recostado la cabeza sobre el apuntado raso, felices con apartarse siquiera por un instante de la multitud y por no tener que hacer más saludos. También el aya de los Infantes de Francia se aprovechaba de las aceras desiertas, para incorporar al principito, que se le deslizaba de las rodillas; en tanto que la nodriza, inclinándose, procura-

ba distraerle sonriendo. Y la comitiva se bañaba por completo en el esplendente sol; los uniformes, los tocados de las damas y los ricos arneses de las caballerías, brillaban asimismo por modo fantástico; las carretelas, resplandecientes con fulgores de astro, despedían reflejos cristalinos que bailoteaban sobre las negras paredes del muelle de Napoleón. A lo lejos, por encima del puente, se alzaba como fondo de aquel cuadro, el reclamo monumental pintado en la pared de una casa de seis pisos de la isla de San Luis, la gigantesca levita gris, vacía de cuerpo, que iluminaba el sol con fulgor de apoteosis.

Gilquin se fijó en la levita, en el instante que parecía dominar los dos coches, y exclamó:

—¡Callen! ¡miren el tío allí!

Una carcajada estalló entre la multitud que se hallaba á su alrededor. El señor Charbonnel, que no había comprendido, quiso que se le dieran explicaciones. Pero ya nada se oía, un viva ensordecedor se elevaba y las trescientas mil personas que se aplastaban allí, batían las palmas. Cuando el principito hubo llegado á la mitad del puente, y cuando se vió aparecer tras de él al emperador y á la emperatriz, en el amplio espacio descubierto en que nada impedía la vista, una extraordinaria emoción se apoderó de los curiosos. Habíase presenciado allí uno de esos entusiasmos populares, nerviosos, trastornando las cabezas como azotadas por el huracán, de un extremo á otro de la ciudad. Los hombres se empinaban y se ponían á los embobados

chicuelos á horcajadas sobre sus hombros; las mujeres lloraban á lágrima viva, balbuceando palabras de ternura dirigidas al «querido pequeñuelo», compartiendo con acentos salidos del corazón la burguesa alegría de la pareja imperial. Una tempestad de gritos continuaba saliendo de la plaza del Hôtel-de-Ville; en los malecones, por ambos lados, por arriba y por abajo, tan lejos como la vista podía alcanzar, se distinguía un bosque de brazos alzados, agitándose, saludando. En los balcones y ventanas, dábanse al aire los pañuelos, los cuerpos se inclinaban y se iluminaban los rostros, en los cuales se percibían los puntos negros de las bocas, abiertas de par en par. Y, allá en lo hondo, las ventanas de la isla de San Luis, angostas como delgadas líneas trazadas con carboncillo, animábanse con chisporroteos de blancos fulgores, rebosantes de animación y vida que no se distinguían por completo. Entretanto los tripulantes de las lanchas, con camisetas rojas, en pie en medio del Sena, que les arrastraba, vociferaban á grito herido, mientras que las lavanderas, medio asomadas á las vidrieras del barco, con los brazos al aire, despechugadas, eloquecidas, queriendo hacerse oír, golpeaban desafortadamente con las palas, amenazando con romperlas.

—Ya ha concluido, vámonos—dijo Gilquin.

Pero los Charbonnel querían ver hasta el final. La cola de la comitiva, los escuadrones de cien guardias, de coraceros y de carabineros, se hundían en la calle de Arcola. Después prodújose un espan-

toso tumulto; la doble hilera de guardias nacionales y de soldados de línea, fué cortada en muchas partes; y las mujeres gritaban á más y mejor.

—Vamos—repitió Gilquin.—La gente se va á aplastar.

Y así que hubo puesto á aquellas señoras en la acera, hízoles atravesar el arrecife, á despecho de la multitud. Madama Correur y los Charbonnel eran de parecer de ir siguiendo el pretil hasta alcanzar el puente de Nuestra Señora, é ir á ver lo que pasaba en la plaza del Atrio. Mas él no les escuchaba y les arrastraba, quieras que no. Cuando se volvieron á encontrar delante del cafetín, empujóles bruscamente y les obligó á que se sentaran á la mesa que acababan de dejar.

—¡Lindos papanatas son ustedes todavía!—les gritaba.—¿Acaso se figuran que me entran ganas de que me rompa las patas esa turba de belitres?... ¡Vamos á echar un traguito, voto á sanes! Mejor estamos aquí que entre esa caterva. ¿No les parece? Estamos ya hasta la coronilla de la tal fiesta. Acaba por aburrirse el más pintado... Vamos á ver, ¿qué va usted á tomar, mamá?

Los Charbonnel, á quienes parecía cobijar con sus nada tranquilizadores ojos, salieron con tímidas objeciones. De buena gana habrían querido ver la salida de la iglesia. Entonces él les salió con que era indispensable que se fueran largando los curiosos; dentro de un cuarto de hora les llevaría, esto, si era que ya no había allí mucha gente. Madama Co-

rreur, mientras que nuestro hombre pedía á Julio cigarros y cerveza, se escabulló con prudencia suma.

—Está bien, descansen ustedes—dijo á los Charbonnel.—Allí me encontrarán ustedes.

Tomó el puente de Nuestra Señora y se internó en la calle de la Cité. Pero los apretones de la multitud eran tales, que empleó un cuarto de hora, largo de talle, para llegar á la calle de Constantina. Tuvo que decidirse á cortar por la calle de la Licorne y la de las Trois-Canettes. Desembocó por fin en la plaza del Atrio, después de haber dejado en el respiradero de una casa sospechosa todo un volante de su vestido color de cuello de paloma. La plaza, enarenada, cuajada de flores, se hallaba sembrada de mástiles, que lucían banderas con las armas imperiales. Delante de la iglesia, un pórtico colosal, en forma de tienda de campaña, cubría la desnudez de la piedra con cortinajes de terciopelo rojo, con franjas y borlas de oro.

Allí madama Correur fué detenida por una valla de soldados que contenían á la multitud. En mitad del extenso cuadro dejado libre, unos lacayos de á pie se paseaban poco á poco, á lo largo de los carruajes dispuestos en cinco filas, mientras que los cocheros, con toda solemnidad, permanecían en los pescantes, apercibidas las riendas. Cuando madama Correur alargaba el cuello, en busca de alguna clara por donde penetrar, distinguió á Du Poizat, que se fumaba tranquilamente un cigarro, en un ángulo de la plaza, en medio de los lacayos de á pie.

—Qué, ¿no puede usted hacer que entre?—le preguntó cuando consiguió llamarle, agitando el pañuelo.

Du Poizat llamó á un oficial, y la condujo al pórtico de la iglesia.

—Si quiere usted creerme, quédese usted aquí conmigo. Ahí dentro hay para ahogarse. Yo no podía aguantar más, y por eso he salido... Mire usted, allí están el coronel y el señor Bouchard, que han renunciado á buscar sitios.

Aquellos señores, en efecto, se encontraban allí, á la izquierda, del lado de la calle del Claustro de Nuestra Señora. El Sr. Bouchard contaba que acababa de confiar su mujer al señor d'Escorailles, quien tenía un excelente sillón para una dama. En cuanto al coronel, sentía en el alma no poder explicar la ceremonia á su hijo Augusto.

—Querría haberle podido enseñar el famoso vaso,—dijo.—Como ustedes no ignoran, se trata del propio vaso de San Luis, vaso de cobre, damasquinado y nielado, del más bello estilo persa, una antigüedad del tiempo de las cruzadas, que ha servido para el bautismo de todos nuestros reyes.

—¿Ha presenciado usted las ceremonias?—preguntó el señor Bouchard á Du Poizat.

—Sí—contestó éste.—Madama de Llorentz era la que llevaba el gorrito de cristianar.

Tuvo que dar detalles; mas era el caso que ninguno de aquellos señores sabía una palabra de aquello; é hicieron mil exclamaciones. Du Poizat enume-

ró entonces los honores tributados al príncipe imperial, el gorrito, el cirio, el salero, y los honores del padrino y de la madrina, consistentes en la palan-gana, el aguamanil, la toalla; todos aquellos objetos eran llevados por las damas de palacio. Llevaban además el manto del principito imperial, aquel manto soberbio, extraordinario, extendido en un sillón, junto á la pila bautismal.

—¿Y no habría, señores, un rinconcito para mí?— exclamó madama Correur, á quien aquellos detalles infundían fiebre de curiosidad.

Entonces le citaron todos los grandes cuerpos, todas las autoridades, todas las delegaciones que habían visto pasar. Era un desfile interminable: el Cuerpo diplomático, el Senado, el Cuerpo legislativo, el Consejo de Estado, el Tribunal de casación, el Tribunal de cuentas, el Tribunal imperial, los Tribunales de comercio y de primera instancia, sin contar los ministros, los prefectos, los alcaldes y sus adjuntos, los académicos, los oficiales superiores, hasta los delegados del consistorio israelita y del consistorio protestante. Y quedaban más, muchos más.

—¡Gran Dios! ¡qué hermoso debe de ser todo eso! —exclamó madama Correur dando un suspiro.

Du Poizat se encogió de hombros. Estaba de un humor de todos los diablos. Toda aquella gente «de reventaba». Y parecía irritado por lo interminable de la ceremonia. Por ventura, ¿no podrían haber acabado más pronto? Habían cantado el *Veni Creator*; se habían lisonjeado recíprocamente, paseando,

saludándose. A aquellas horas debía de hallarse bautizado el infante. El señor Bouchard y el coronel, más pacienzudos, contemplaban los empavesados balcones de la plaza; después, á un repentino repique de campanas que hizo sacudir las torres, volvieron la cabeza; sintieron un ligero escalofrío, por la vecindad de la iglesia, cuya cima no distinguían allá en el cielo. Entretanto, Augusto se había deslizado hacia el pórtico, y madama Correur se fué tras él. Mas cuando llegó en frente de la puerta mayor, abierta de par en par, un espectáculo extraordinario la dejó clavada en el suelo.

Entre las dos amplias cortinas, la iglesia se ofrecía inmensa, en sobrehumana visión de tabernáculo. Las bóvedas, de claro azul, veíanse sembradas de estrellas. Las vidrieras ostentaban, en torno á aquel firmamento, místicos astros avivando las refulgentes llamas, con ascuas de pedrerías. Por do quiera, de las elevadas columnas se desprendían luengos cortinajes de terciopelo encarnado, que se apoderaban de la escasa claridad que se esparcía bajo la nave; y en aquella obscuridad rojiza, ardía sólo, en el centro, un radiante foco de cirios, millares de cirios en montón, puestos los unos tan cerca de los otros, que parecía verse allí como un sol único, fulgurando en una lluvia de centellas. No parecía sino que en el centro del crucero, sobre el estrado, el altar mayor era pasto de las llamas. A derecha é izquierda elevábanse sendos tronos. Un amplio dosel de terciopelo forrado de armiño, llevaba en la cima del

BIBLIOTECA UNIV. DE PARRIS
"ALFONSO M. DE..."
Aprob. 1025 MONTERREY, MEXICO

trono más elevado, una gigantesca ave, con el pecho de nieve y las alas de púrpura. Y una apretada multitud, resplandeciente de oro y de pedrería, llenaba de bote en bote la iglesia; cerca del altar mayor, en el fondo, el clero, los obispos, con sus báculos y mitras, formaban como una aureola, como uno de esos resplandores que aparecen entre nubes en el firmamento. Alrededor del estrado, los príncipes, las princesas, los grandes dignatarios, se hallaban colocados con soberana pompa; después, á ambos lados del crucero, alzábanse escalinatas, con el Cuerpo diplomático y el Senado á la derecha, y el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado á la izquierda; mientras que las delegaciones de todas clases se amontonaban en el resto de la nave, y que las damas, arriba, al borde de las tribunas, ostentaban los brillantes colores de sus claros ropajes. Una humareda rojiza parecía flotar en la atmósfera. Las cabezas, que se distinguían en el fondo, á derecha é izquierda, ofrecían matices de porcelana iluminada. Los trajes, el raso, la seda, el terciopelo, presentaban reflejos de brillantez sombría, como dispuestos á inflamarse. Filas enteras parecía que de repente se incendiaban. El inmenso templo se caldeaba con inaudito lujo de horno gigantesco.

En esto, madama Correur vió adelantarse, por el medio del coro, un maestro de ceremonias que gritaba furiosamente, por tres veces consecutivas:

—¡Viva el príncipe imperial! ¡viva el príncipe imperial! ¡viva el príncipe imperial!

Y en medio de la estruendosa aclamación, que hizo temblar las bóvedas, madama Correur distinguió, al borde del estrado, al emperador en pie, dominando la multitud. Su negra silueta se destacaba sobre el fondo deslumbrador que los obispos ofrecían á su espalda. Presentaba al pueblo al príncipe imperial, un bulto de blancas blondas que sostenía en alto en sus alzados brazos.

Pero, de repente, un pertiguero apartó con un ademán á la señora Correur. Se echó dos pasos atrás, y ya no tuvo ante ella sino uno de los cortinones del pórtico. La visión había desaparecido. Encontróse de nuevo á la plena luz del día y permaneció con la boca abierta, imaginándose que había visto algún viejo cuadro semejante á los del Louvre, con la pátina de los años, coloreado de rojo y dorado, con personajes de otros tiempos, como no se encuentran por las aceras.

—No se esté usted aquí—la dijo Du Poizat, llevándola nuevamente al lado del coronel y del señor Bouchard.

Aquellos caballeros hablaban entonces de las inundaciones. Los estragos eran espantosos en los valles del Ródano y del Loira. Millares de familias se habían quedado sin hogar. Las suscripciones, abiertas en todas partes, no bastaban para el alivio de tanta miseria. Pero el emperador se mostraba con valor y generosidad admirables: en Lyon había sido visto atravesar al vado los barrios bajos de la ciudad, invadidos por las aguas; en Tours se

había paseado en lancha, por espacio de tres horas, en medio de las calles inundadas. Y por do quiera sembraba la limosna, sin parar mientes en la cantidad.

—Oigan ustedes—interrumpió el coronel.

Los órganos resonaban en el templo. Un robusto canto salía por la abierta entrada del pórtico, cuyas colgaduras se agitaban, impulsadas por tan enorme aliento.

—Es el *Te Deum*—dijo el señor Bouchard.

Du Poizat lanzó un suspiro de alivio. ¡Por último iban á acabar! Pero el señor Bouchard le atajó diciendo que todavía no se habían firmado las actas. Después, el cardenal legado tenía que echar la bendición pontifical. La gente, sin embargo, empezó muy pronto á salir. Rougón apareció uno de los primeros, llevando del brazo á una mujer muy delgada, de rostro amarillo y vestida con suma sencillez. Acompañábales un magistrado en traje de presidente del Tribunal de apelación.

—¿Quiénes son?—preguntó madama Correur.

Du Poizat le nombró á las dos personas. El señor Beulin-d'Orchère había conocido á Rougón un poco antes del golpe de Estado, y desde aquella época le consagró una estimación particular, sin pretender, no obstante, establecer entre ellos relaciones seguidas. La señorita Verónica, su hermana, habitaba con él un hotel de la calle de Geranière, del que apenas salía, á no ser para asistir á las misas rezadas de San Sulpicio.

—Miren ustedes—dijo el coronel bajando la voz.—ahí tienen ustedes la mujer que vendría como anillo al dedo á Rougón.

—Sin duda alguna—aprobó el señor Bouchard.—Redondeada fortuna, buena familia, mujer de casa y de experiencia. No encontrará cosa mejor.

Pero Du Poizat se expresó en son de protesta. La señorita era ya tan madura como un níspero olvidado en la paja. Contaba por lo menos treinta y seis añitos, y hasta aparentaba tener cuarenta. ¡Bonita caña de escoba para acostar en una cama! ¡Una cara tan consumida, tan sosa, que parecía haberse estado bañando en agua bendita por espacio de seis meses.

—Usted es joven—declaró gravemente el jefe de oficina.—Rougón debe de hacer un matrimonio de conveniencia... Por mi parte, yo hice un casamiento por amor; pero esto no lo consigue todo el mundo.

—¡Bah! en resumidas cuentas, me río yo de la joven—acabó por confesar Du Poizat.—La jeta del Beulin-d'Orchère es lo que me pondría los pelos de punta. Aquel buen mozo tiene hocico de perro dogo... Mírenlo ustedes con aquellas prominentes quijadas y aquel bosque de pelos enmarañados, entre los cuales no se ve un cabello blanco, á pesar de sus cincuenta primaveras. ¿Sábese acaso lo que ese hombre piensa? ¿Saben ustedes por qué continúa echando, como quien dice, á su hermana en brazos de Rougón, ahora que éste anda caído?

El señor Bouchard y el coronel se mantuvieron

callados, cambiando una mirada inquieta. El «perro dogo», como le llamaba el antiguo subprefecto, ¿iba por sí sólo á devorar á Rougón? Pero madama Correur dijo, midiendo las palabras:

—Buena cosa es tener uno la magistratura de su parte.

Entretanto Rougón había acompañado á la señorita Verónica hasta su carruaje; y, allí, antes de que hubiese subido, la saludó. Precisamente en aquel instante, la bella Clorinda salía de la iglesia, del brazo de Delestang. Púsose seria y envolvió con furibunda mirada á aquella gran doncella amarilliza, tras de la cual Rougón había tenido la galantería de cerrar la portezuela, á pesar de su uniforme de senador. Entonces, y en tanto que el coche se alejaba, Clorinda se dirigió en derechura á él, dejando el brazo de Delestang, y recobrando su sonrisa de niña grande. Toda la reunión se fué tras ella.

—He perdido á mamá—le dijo alegremente.—Se me la han llevado en medio del gentío... Creo que me ofrecerá usted un rinconcito en su cupé, ¿no?

Delestang, que iba á proponerle acompañarla á su casa, pareció muy contrariado. Clorinda llevaba un vestido de seda color de naranja, recamado con tan vistosas flores, que hasta los lacayos fijaban la vista en ella. Rougón hizo una inclinación de asentimiento, pero hubieron de esperar el cupé cerca de diez minutos. Todos permanecieron allí, hasta Delestang, cuyo carruaje estaba en primera fila, á dos pasos. La iglesia continuaba desocupándose

lentamente. Los señores Kahn y Béjuin, que por allí pasaban, corrieron á unirse á la partida. Mas, como el gran hombre estrechase las manos con falta de entusiasmo y con malhumorado gesto, el señor Kahn le preguntó con viva inquietud:

—¿Se siente usted mal?

—No—contestó.—El sinnúmero de luces de ahí dentro ha llegado á fatigarme.

Callose, y después repuso á media voz:

—Es grande, muy grande... En mi vida he visto reflejada tanta alegría en el semblante de un hombre.

Hablaba del emperador. Había abierto los brazos, en amplio ademán, con majestuosa lentitud, como para recordar la escena de la iglesia; y nada más agregó. Los amigos que le rodeaban guardaban también en silencio. Formaban, en un rincón de la plaza, un reducidísimo grupo. Por delante de ellos el desfile aumentaba; los magistrados con sus togas, los oficiales de gran gala, los empleados de uniforme, una multitud llena de galones, recamada, condecorada, que andaba sobre las flores de que la plaza estaba cubierta, en medio de las llamadas de los lacayos y del brusco rodar de los carruajes. La gloria del imperio en su apogeo flotaba en la púrpura del sol poniente, mientras que las torres de Nuestra Señora, sonrosadas, sonrosas, parecían llevar muy arriba, á una cumbre de paz y de grandeza, el reinado futuro del infante bautizado bajo sus bóvedas. Pero los de nuestro grupo, descontentos, sentían tan sólo llegarles una desordenada codicia del es-

plendor de la ceremonia, de las sonoras campanas, de las desplegadas banderas, de la entusiasta ciudad, de todo aquel mundo oficial, rebosante de júbilo. Rougón, quien por vez primera sentía el frío de su desgracia, tenía el rostro muy pálido; y, en sueños, sentía celos del emperador.

—Buenas tardes, señores, me voy; esto es insostenible—dijo Du Poizat, después de haber estrechado la mano á los demás.

—¿Qué es lo que le pasa á usted hoy?—le preguntó el coronel.—Hoy está usted atroz.

El subprefecto respondió tranquilamente, mientras se iba:

—¿Y por qué quiere usted que esté alegre?... Esta mañana he leído en el *Monitor* el nombramiento de ese imbécil de Campenon para la prefectura que se me había prometido.

Los demás se miraron unos á otros. Du Poizat tenía razón que le sobraba, ellos no eran de la fiesta. Rougón, desde el nacimiento del príncipe, habíales prometido un diluvio de regalos para el día del bautizo: el señor Kahn había de obtener su concesión; el coronel la cruz de comendador, madama Correur los cinco ó seis estancos que solicitaba. Y allí estaban todos, formando un grupito, en un rincón de la plaza, con las manos vacías. Dirigieron entonces á Rougón una mirada tan cariacontecida, tan preñada de reproches, que el gran hombre se encogió terriblemente de hombros. Su cupé llegó por fin, empujó bruscamente á Clorinda y se encerró

sin decir una palabra, haciendo crujir la portezuela con violencia.

—Allí está Marsy, bajo el pórtico—murmuró el señor Kahn, que traía consigo á Béjuin.—¡No muestra poca soberbia ese canalla!... Vuelvan ustedes la cabeza; lo que le satisfaría sería no devolvernos el saludo.

Delestang se había apresurado á subir en su coche, para seguir el cupé de Rougón. El señor Bouchard esperó á su consorte; después, cuando la iglesia quedó vacía, se sorprendió en gran manera y fué con el coronel, harto asimismo de esperar á su hijo Augusto. En cuanto á madama Correur, ésta acababa de aceptar el brazo de un subteniente de dragones, un compatriota, que casi casi le debía su charretera.

Mientras tanto, en el cupé, Clorinda hablaba con entusiasmo de la ceremonia, y él, retrepado en la testera y medio soñoliento, la escuchaba. La joven había visto las fiestas de la Pascua en Roma y no eran más grandiosas. Y decía que á su modo de ver, la religión era un rincón del paraíso entreabierto, con el Padre Eterno sentado en su trono, lo mismo que un sol, en medio de la pompa de los ángeles colocados á su alrededor, en amplio círculo de hermosos jóvenes vestidos de oro. Luego, de repente, se interrumpió, para preguntar:

—¿Vendrá usted esta noche al banquete que el Municipio ofrece á Sus Majestades? Será cosa magnífica.

Ella estaba invitada. Llevaría un traje color de rosa, cuajado de miosotis. El señor de Plouguern era quien debía de acompañarla, porque su madre no quería salir de noche á causa de sus jaquecas. Volvióse á interrumpir, y salió bruscamente con una nueva pregunta:

—¿Quién era el magistrado con quien estaba usted hace un instante?

Rougón alzó la cabeza y recitó de carretilla:

—El señor Beulin-d'Orchère, cincuenta años, de familia de togados, ha sido substituto en Montbrison, procurador del rey en Orleans, abogado general en Ruán, formó parte de una comisión mixta en el 52, vino en seguida á París como consejero del tribunal de apelación, y es, en fin, en el día de hoy presidente de este tribunal... ¡Ah! me olvidaba; aprobó el decreto de 22 de enero de 1852, confiscando los bienes de la familia de Orleans... ¿Está usted satisfecha?

Clorinda se había echado á reir. Rougón se burlaba de ella porque quería enterarse; pero de sobra estaba permitido el conocer á las personas con quienes podría una tropezarse. Y no le hizo abrir la boca por lo tocante á la señorita Beulin-d'Orchère. Volvió á hablar del banquete del Ayuntamiento: la galería de las fiestas había de ser decorada con inaudito lujo; una orquesta tocaría piezas durante todo el tiempo de la comida. ¡Ah! ¡Francia era un gran país! En parte alguna, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en España, ni en Italia,

había visto bailes más espléndidos y que más estupefacta dejaran á la gente. Por lo tanto, añadía con el rostro encendido de admiración, su elección quedaba hecha ahora: quería ser francesa.

—¡Oh! ¡los soldados!—exclamó—mire usted, ¡los soldados!

El cupé, que había seguido la calle de la Cité, se vió detenido, al extremo del puente de Nuestra Señora, por un regimiento que desfilaba por el malecón. Eran soldados de línea, pequeñitos, que marchaban como corderos, algo á la desbandada, á causa de los árboles de las aceras. Venían de formar el cordón. Traían los rostros tostados por el sol de las primeras horas de la tarde, con los pies blancos y la espalda inclinada con el peso de la mochila y del fusil. Y era tanto lo que se habían aburrido, en medio de los encontrones de la multitud, que parecían la estupidez andando.

—Me vuelvo loca por el ejército francés—dijo Clorinda entusiasmada, inclinándose para ver mejor.

Rougón, como despertado, miraba también. Era la guardia del Imperio la que pasaba pisoteando el polvo del arroyo. Una multitud de carruajes iba interceptando el puente con lentitud; pero los cocheros, comedidos y respetuosos, esperaban, mientras los personajes en gran uniforme, se asomaban á las portezuelas, con los rostros por modo vago sonrientes, y miraban con cariño los soldaditos atontados por tan larga centinela. Los fusiles, iluminados por el sol, agregaban mayor esplendor á la fiesta.

—Y aquellos últimos, ¿los ve usted?—repuso Clorinda.—Hay de ellos toda una fila á los que ni siquiera apunta el bozo. ¡Qué buen efecto producen!

Y, en un arranque de ternura, envió desde el fondo del coche, un millar de besos á los soldados, con sus dos manos. Ocultábase un poquitín, para no ser vista; quería regalarse ella sola con la alegría, con el amor hacia la fuerza armada. Rougón le dirigió también paternal sonrisa; acababa asimismo de disfrutar el primer goce de todo el día.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó cuando el cupé pudo por último dar vuelta en el extremo del malecón.

Una considerable muchedumbre habíase agolpado, tanto en la acera como en el arroyo. El coche tuvo que detenerse otra vez. Una voz, salida de la multitud, decía:

—Es un borracho que ha insultado á los soldados. Los municipales acaban de echarle mano.

Entonces, habiéndose apartado el grupo, Rougón pudo distinguir á Gilquin, hecho una uva y sujetado por el cuello por dos municipales. Con el traje de dril amarillo desgarrado, dejaba ver pedazos de la carne. Mas él se mantenía del mejor humor, con el bigote caído y el rostro colorado como un pimiento. Tuteaba á los municipales, llamándoles «corderitos míos». Referíales que había pasado la tarde muy tranquilamente en un café de allí al lado, en compañía de personas riquísimas. Podían tomarse informes en el Teatro del Palacio Real, á donde el

señor y la señora de Charbonnel habían ido para ver representar los *Confites del bautizo*: seguramente que no dirían lo contrario.

—¡Dejadme, pues, so farsantes!—gritó poniéndose tieso de repente.—El café está ahí al lado ¡rayos y centellas! ¡vengan ustedes conmigo, si es que dudan de mi palabra!... Los soldados me han faltado al respeto, entiéndanlo ustedes bien; hasta hubo un pequeñín que se reía. Entonces le envié á que le sonaran las narices. Pero de esto á insultar al ejército francés, eso nunca ¡nunca! Hablen ustedes al emperador de Teodoro, y ya verán lo que dirá... ¡Ah, por vida de! ¡bonitos quedarían ustedes!

La multitud, regocijada, reía á más no poder. Los dos municipales, imperturbables, no soltaban la presa y empujaban poco á poco á Gilquin hasta la calle de San Martín, en la cual se distinguía, á lo lejos, la linterna roja de un cuartelillo de policía. Rougón se había echado más que de prisa á la testera del carruaje. Pero, de repente, Gilquin le vió, al levantar la cabeza. Entonces, en medio de su gran pítima, volvióse chocarrero al par que prudente. Púsose á mirarle, guiñando los ojos y como hablando por él.

—¡Basta, hijitos míos! podría haber un escándalo, y no lo habrá, porque se tiene dignidad... ¡Eh! decidme, pues, ¿pondríaís la pata sobre Teodoro si anduviese siempre de acá para allá con princesas, como cierto ciudadano á quien conozco? Sea como sea, uno ha trabajado con gente de campanillas, y

por todo lo fino, y se enorgullece, sin pedir el oro y el moro. Cada uno sabe lo que vale, lo que consuela de ciertas miseriucas... ¡Rayos y truenos! ¿Los amigos no son ya amigos?

Se enternecía, con la voz entrecortada de hipos. Rougón, con todo disimulo, llamó con la mano á un hombre abrochado en un gran gabán, á quien conoció junto al coche; hablóle en voz baja y le dió la dirección de Gilquin, calle de Virginia, número 17, en Greneville. El hombre se acercó á los municipales, como para ayudarles á aguantar al borracho, que forcejaba como un condenado. La multitud se quedó sorprendida, al ver que los agentes se volvían hacia la izquierda, y que metían á Gilquin en un fiacre, cuyo cochero, según órdenes, siguió el muelle de las Tenerías. Pero la cabeza de Gilquin, enorme y con el cabello alborotado, rompiendo en una carcajada triunfal, apareció en la portezuela, aullando:

—¡Viva la república!

Cuando el tropel de gente quedó disuelto, los malecones volvieron á su gran tranquilidad. París, hastiado de tanto entusiasmo, se sentaba á la mesa; los trescientos mil curiosos que se habían apabullado unos contra otros, habían invadido los restaurantes de la orilla del agua y del arrabal del Temple. En las vacías aceras, muchos provincianos andaban arrastrando los pies, molidos, sin saber dónde ir á comer. Allá abajo, á ambos lados del lavadero flotante, las lavanderas acababan de pale-

tear la ropa, con furiosos golpes. Una raya de sol doraba todavía las torres de Nuestra Señora, mudas á la sazón, por encima de las casas negras de sombra. Y en la ligera neblina que ascendía del Sena, á lo lejos, en la punta de la isla de San Luis, tan sólo se distinguía ya, en medio del enmarañado gris de las fachadas, la gigantesca levita, el anuncio monumental, colgando, en algún claro del horizonte, el burgués despojo de un Titán cuyos miembros hubiese destruído el rayo.

V.

Una mañana, allá á las once, Clorinda fué á casa de Rougón, calle de Marbeuf. Regresaba del Bosque, y un criado cuidaba de su caballo, á la puerta. Fuése en derechura al jardín, volvió á la izquierda y se plantó delante de una ventana abierta de par en par, del gabinete en que trabajaba el gran hombre.

—¡Eh! ¿qué tal? ¿le sorprendo á usted?—le dijo de golpe y porrazo.

Rougón alzó vivamente la cabeza, y ella se reía en medio del caluroso sol de junio. Su vestido de amazona, de recio paño azul, cuya larga cola se había terciado al brazo izquierdo, hacía parecer de mayor estatura; mientras que su corpiño de chaleco, con faldillas redondas, muy ajustado, parecía como una viviente piel que le ceñía los hombros, el seno y las caderas. Llevaba puños de hilo y un cuello de hilo también, bajo el cual se anudaba una sutil corbata de seda azul. Sobre los recogidos cabellos, llevaba con garbo y donosura, un som-

brero de hombre, á cuyo alrededor veíase una gasa, como azulada nube, empolvada con el polvo de oro del sol.

—¡Cómo! ¡es usted!—exclamó Rougón levantándose con presteza.—¡Pero entre usted!

—No, no,—contestó la joven.—No se moleste usted, pues sólo tengo una palabra que decirle... Mamá debe de estarme esperando para almorzar.

Era aquélla la tercera vez que por modo tal se presentaba en casa de Rougón, contra todas las conveniencias sociales; mas hacía como que tenía empeño en quedarse en el jardín. Por lo demás, las dos primeras veces se había presentado también en traje de amazona, traje que le prestaba cierta libertad de muchacho y cuya larga falda debía de parecerle de suficiente protección.

—Ha de saber usted que vengo en clase de mendiga,—prosiguió. Se trata de billetes de lotería... Hemos organizado una lotería en beneficio de las niñas pobres.

—Pues bien, entre usted—repitió Rougón.—Ya me explicará usted eso.

Habíase quedado con el latiguillo en la mano, un latiguillo preciosísimo, con puñito de plata. Echóse á reír, dándose ligeros golpes en la falda.

—¿Qué más explicaciones he de dar? Usted no ha de hacer sino tomarme billetes. No he venido para otra cosa... Tres días hace que le busco á usted las vueltas, sin conseguir echarle la mano encima, y la lotería se sortea mañana.